

EL CARALISA.

POR LUIS CUELLO.

ILUSTRACIÓN DE LUCAS AGUIRRE.

El galerista y anticuario que afina la pluma nos trae otro áspero relato de bajofondos, esta vez originado en una narración oral escuchada en 1984 de boca del artista plástico Manuel Martínez Riadigos, concedor de suburbios y mandras de la vieja Córdoba.

Había quedado debiendo varias muertes, pero dada su filiación, hasta los responsos había cajoneado la Justicia bonaerense, flojita de memoria.

El barrio, en silencio y temeroso, lo junaba de reajo con respeto y algo de desprecio por su cartel de infame amasado con sangre y barro pisoteado, un cartel que sólo podía exhibir gente como Ramón Benavídez, El Caralisa (*).

Medía algo más de metro ochenta. Era delgado. De tez cetrina y rostro aindiado. De buen porte y buena pinta. Vestía a lo dandi con trajes de Forestieri, se perfumaba con Atkinson y se peinaba a la gomina con Brancato. Caminaba por las calles de El Abrojal —ya llamado barrio Güemes—, frecuentaba el Almacén de Pepino y los inquilinatos del pasaje Revol.

La caída de Perón lo había traído de regreso a Córdoba. Había sido un puntero político muy hábil en el partido de La Matanza. Y allí había quedado debiendo varias muertes, pero dada su filiación, hasta los responsos había cajoneado la Justicia bonaerense, flojita de memoria.

Ya en Córdoba, había vuelto a su antigua ocupación: manejar y proteger mujeres de la calle. Regenteaba unas veinte putas. Algunas muy jovencitas y en su mayoría del propio barrio Güemes. No eran pocas las madres que le entregaban sus hijas para que él las llevara por la vida haciendo lo que mejor sabían hacer. Prostituta sin fiolo, era fija que perdía la vida en una rodada en la primera curva de la noche. Yírar sin la protección de un Caralisa era aparecer golpeadas, tajeadas o muertas. Por eso, las madres, la mayoría solteras y de escasos recursos, conocedoras del submundo del oficio más viejo del planeta, inducían a sus hijas a trabajar en la calle pero perteneciendo a un caralisa, como seguramente habían pertenecido ellas.

Todo comenzó cuando a una de las pupilas de Ramón Benavídez, la China —una negra cordobesa de piel marroncita bien lustrosa, de labios gruesos y tetas en punta—, un cliente, por gozar de sus favores, le pagó con un revólver. El chabón había recibido el arma como parte de pago por la venta de una moto Puma. Se la había entregado un chorito nuevo de la villa aleña a la

calle Arturo M. Bas, cerca de los baños públicos. El fierro era fruto de un asalto a un caserón pituco del Cerro de las Rosas.

-China, te arreglo el servicio con este fierro. No te voy a mentir: yo no quería recibirlo a cuenta por la Puma, pero tampoco la quería jugar de ortiba. Tené cuidado, China, que este fierro tá caliente. Sacateló rápido de encima. Por lo que me contó "el nuevo", viene de un ajuste a un ropa gruesa, un carteludo que le hace al polo en Ascochinga. Acá te lo dejo, de paso me saco un bardo de encima. Otra cosa, China: te debo una, y la propina.

La China le vendió el arma a un tal Eufasio Chávez, no sin antes contarle a medias la procedencia. Chávez, un tipo mañero y jodido, aprovechó la volada para extorsionar al cliente, quien cierta noche que caía una garúa muda, a los gritos y medio en pedo, cayó a lo de la China con las solapas levantadas y las venas hinchadas para averiguar qué carajo había hecho la negra con el fierro. Asustada, la muchacha no dudó en avisarle a Ramón Benavídez.

- Quedate tranquila China —le dijo Ramón—, a ese otario lo conozco. Suele caminar por el barrio buscando algún yeite. A lo sumo me costará un favor.

Griselda era la querida de Eufasio Chávez, que además era un coso asqueroso y maloliente, un caco de poca monta rajado de Rosario que en Córdoba encubría sus actividades con un cortadero de ladrillos en el camino a Bouwer. Acostumbrado a los trabajos sucios, por si las moscas, acumulaba favores alquilándoles armas a los cacos de la zona con la condición de que afanaran lejos de allí, en los barrios cajetillas de la ciudad. Chávez era golpeador de mujeres, bebedor de vino carlón, borracho y de mal talante. Se había llevado a la Griselda cuando era apenas una niña de trece años. Por un poco de tabaco y unas monedas, se la había comprado a un peón del cortadero con la excusa de que le iba a dar otro pasar.

– Che, Negro Aráoz –le había gritado Chávez a un peón venido desde la Estación Thea–, me llevo a tu hija la Griselda, qué tanto joder. Vos, como padre y como hombre, sabés bien que acá en el cortadero no va a durar mucho, porque tiene lindas carnes la piba. Con el próximo jornal, los muchachos se van a tomar unos vinos y te la van a culiar. Y lo que es peor, te la van a dejar preñada. Tomá este tabaco y estas chirolas. La Griselda se viene conmigo. Quedate tranquilo, Aráoz, yo te la voy a cuidar.

El Negro Aráoz sabía que la paga era misérrima y que una hija vale mucho más que lo que le había pagado Chávez, pero tampoco le interesaba cargar con ella. “Un cigarro pa’ fumar y un vino pa’ tomar no vienen mal”, había dicho el Negro, convencido de que las chirolas le comprarían el vino que en parte apagaría la realidad de su pobre vida.



Griselda era una criollita bien desarrollada a pesar de su edad. Pelo renegrido y ondulado. Ojos enormes, verdes y rasgados, un calco de lo que había sido su madre, una turca tan linda como bruta, también criada en el cortadero y muerta en un accidente, bajo una pila de ladrillos.

Ramón la conoció ocasionalmente cuando fue a sacarle las papas del fuego al cliente de la China por ese entuerto con un arma fuleira, cuando no le quedó otra que caer a la casa de Chávez. Griselda lo fulminó con sus ojazos verdes y su despampanante figura. Recién cumplía los quince y ya conocía todo de la vida. Ramón Benavidez no podía dejar de mirarla, lo que molestó a Chávez.

– Mirá, Ramón, esto no lo hago por vos. Lo hago porque el que lo tiene y está comprometido es uno de mis mejores muchachos. Yo sabía que el fierro que me vendió esa negra puta venía caliente por una muerte, pero no de un milico... ¡¿Me entendés...?! –le dijo Chávez, ya con tono amenazante.

Ramón, a ésas las sabía largas. Los años de puntero en La Matanza le habían dado cancha suficiente para estar sereno ante bravucones como Chávez.



- Lo comprendo, Eufasio, y se agradece -dijo Ramón tratando de apaciguar los ánimos. Lo que no podía apaciguar era su propia mirada, que acorralaba a la muchacha. Griselda tampoco le sacaba los ojos de encima.

Esa noche decidió seguirla. Sabía que comían en un bolichón de la Julio A. Roca, pasando apenas lo que era la Avenida La Plata (actual Elpidio González). Pasó disimuladamente con su coché un par de veces por la puerta del comedor. Chávez, viejo conocedor de entraderas y salideras, siempre se sentaba con la espalda pegada a la pared de un costado del bar, nunca de frente, con los riñones sin cubrir. En la mesa, el pingüino con vino carlón y los dos platos con costeletas y ensalada esperaban mientras Chávez le reprochaba en voz baja a Griselda las miradas que le había echado a Ramón Benavidez:

- Mirá, chinita de mierda: si seguí hacéndote la actriz de cine con ese tal Ramón, vas a terminar en el barro del cortadero de ladrillos, revolcada en la noria pero con la cara como un bofe, tan desfigurada que ni los peones van querer tocarte.

En una de las pasadas, como si lo hubiese percibido, Griselda miró hacia afuera y reconoció el auto y el rostro de Ramón, que miraba al interior, pero comprendió que no era el momento ni el lugar para llevarse lo que quería.

Esa noche, Benavidez no pudo dormir. Los pensamientos le daban vuelta en la cabeza. La quería. Y la quería sólo para él. Soñaba con frotar su cuerpo contra ese cuerpo desnudo, respirando a través de esa negra cabellera mientras resbalaba en su transpiración.

Por la mañana, salió a recolectar el viento (**), que la noche anterior habían producido sus mujeres. Cuando estuvo frente a la China, le pidió que le hiciera la mano para ver a Griselda. La cita tenía que ser lejos de miradas indiscretas. El pedido, Ramón lo sabía, era hartito peligroso para la China y para la propia Griselda.



Se juntaron al otro día en el codo de La Cañada cuando baja de Bella Vista. Se acodaron en el Calicanto. Era media mañana. Nada podía despertar las sospechas de Chávez. Apenas Ramón la vio, abrió la puerta del coche, la subió, y picó para su cotorro, el que muy pocos conocían. Al

rato nomás, los dos cuerpos desnudos se entrelazaron en un loco frenesí. Ramón Benavidez, conocedor de mujeres como pocos, supo entonces que aquella mujer era lo que había estado buscando. Sabía que ésa iba ser su hembra para siempre. Lo que no intuyó fue la trampa.

La puerta se abrió de golpe y el sonido seco de un disparo le voló la cabeza a Griselda. Su negra cabellera, ahora bañada en sangre, colgaba de la orilla de la cama. Sus ojazos verdes abiertos, como mirando al techo. Chávez, el tipo mañero y jodido, no le dio tiempo a Ramón para tomar su arma. Dos de sus hombres ya lo habían agarrado por los brazos. Una expresión de satisfacción había en la cara del tal Eufasio Chávez.

- Traeme aquella otra, que quiero que vea -le gritó a su tercer hombre, que entró en la habitación con la China a los empujones.

- ¿Ahora entendés, Benavidez? ¿No ves que todo se compra y se vende? ¿No te das cuenta de que es la plata lo que hace que la gente haga lo que hace?

Su tono era cada vez más sarcástico.

- Desnudate, puta de mierda -le gritó Chávez a la China, que obedeció temblando como una hoja.

- Tirate en la cama al lado de esa otra arrastrada. Y eso que yo la saqué de la mierda del cortadero de ladrillos... ¿Viste, Benavidez, cómo te pagan las minas? Con traiciones. Son todas iguales. Una por plata, otra por un macho nuevo...

No alcanzó a terminar la frase, cuando un segundo disparo sonó como estampido. La bala le dio de lleno en el pecho a la China, que quedó tendida en la cama al lado del otro cadáver.

- Mirá vos, Caralisa, si entrás a tu pieza y te encontrás a una de tus putas refregándose con mi hembra... ¿Qué hacés? ¿Las cagás matando a las dos o no? -preguntó Chávez sonriendo- Y para colmo, con el arma que mataron al milico. ¿No te parece genial? ¿Qué hacés después de eso? ¡Te fugás, Caralisa, te fugás!

Un tercer disparo retumbó en la habitación. Ya nadie le debía nada a nadie. La vida se había cobrado las cuentas.

En las afueras de Córdoba, en un enorme horno de ladrillos del camino a Bouwer, se quema el cuerpo de Ramón Benavidez, El Caralisa.

En el cuarto de un altito de barrio Güemes, dos cuerpos desnudos tirados en una cama yacen cubiertos de sangre. Y en el suelo, un Smith & Wesson calibre 38. Es el único que sigue debiendo. Debe al menos cuatro muertes.

Conocedor de mujeres como pocos, supo entonces que aquella mujer era lo que había estado buscando. Sabía que ésa iba ser su hembra para siempre. Lo que no intuyó fue la trampa.

(*) Caralisa: del lunfardo, rufián, proxeneta.

(**) Vento: del lunfardo, dinero.